

## Querido Charles Darwin

El 27 de diciembre de 1831 el joven naturalista Charles Darwin se embarcó en el puerto de Plymouth en el *Beagle* para recorrer durante cinco años las costas de Sudamérica, las Islas Galápagos, Tahití, Australia, las Islas Keeling y el Océano Índico. Le tomó más de 20 años publicar su libro *El origen de las especies*, pero la espera valió la pena: sus ideas cambiarían para siempre nuestra forma de entender el mundo natural.



Se han publicado miles de textos acerca de Darwin, su vida y su famosa teoría. Incluso existen 15 libros de los cientos de cartas que escribió y recibió durante su vida. Esta correspondencia se publicó recientemente en Internet, en un proyecto que se inició hace más de 30 años y aún no concluye. Con las más de 5 000 cartas publicadas, se encuentran también resúmenes de otras 9 000 que serán incluidas en el futuro, así como documentos originales, ensayos, entrevistas, dibujos y caricaturas de la época.

“Las cartas fueron esenciales para Darwin. Fue el medio que empleó para reunir ideas y datos y para discutirlos”, dijo Alison Pearn, codirectora del proyecto en la Universidad de Cambridge, quien añadió que las cartas son una fuente invaluable de información, no sólo del desarrollo intelectual de Darwin, sino de la ciencia y la sociedad victoriana en general. Y es que Darwin mantuvo correspondencia con personajes notables de la época, como el geólogo Charles Lyell, los botánicos Asa Grey y Joseph Dalton Hooker, el zoólogo Thomas Huxley, la novelista George Eliot (seudónimo de Mary Ann Evans) y el naturalista Alfred Russel Wallace, así como con mujeres y hombres que nunca habríamos conocido a no ser por su correspondencia.

No todas las cartas tienen un contenido científico, muchas son personales y muestran el lado humano de uno de los científicos más importantes de la historia, así como lo que pensaba de temas como la esclavitud (la detestaba), la vida familiar o la religión. Las hay incluso muy divertidas; por ejemplo, en la más antigua, escrita a un amigo cuando tenía 12 años, Charles habla de sus conflictos con la higiene personal: “Sólo me lavo los pies una vez al mes en la escuela, lo cual es una cochinado, pero no lo puedo remediar...”

En otra menciona su teoría acerca de la relación entre las abejas y los tréboles, que resultó errónea, y concluye: “Me odio, odio a las abejas y odio a los tréboles”. En otra famosa carta, escrita en 1844 a su amigo el botánico Joseph Hooker, dice sentir que hablar de su teoría de la evolución de las especies es como confesar un asesinato.

Somos muy afortunados de que estas cartas hayan sobrevivido hasta ahora y más aún de poder consultarlas de manera gratuita por Internet. La dirección electrónica del sitio es <http://www.darwinproject.ac.uk>

## Ciencia y libertad

“La verdad os hará libres”, dice la conocida frase. Y si bien la ciencia no ofrece verdades, sino conocimiento confiable (siempre sujeto a revisiones, pero útil para resolver los problemas que preocupan a los científicos), sí se puede afirmar que el conocimiento científico ayuda a hacernos más libres.

Pero tal conclusión no es evidente. Hay quien opina que la ciencia disminuye nuestra libertad, nos esclaviza.

Las razones son varias. Por una parte, la asfixiante tecnología moderna, producto directo del conocimiento científico, es parte cada día más inseparable de nuestra vida cotidiana. En un sentido muy real, los ciudadanos del siglo XXI somos esclavos de nuestros automóviles, televisores y teléfonos celulares; del correo electrónico, las tarjetas de crédito y las cámaras de TV que nos vigilan...

Pero aunque lo anterior es cierto, también lo es que la tecnología nos permite hoy hacer cosas que hasta hace poco resultaban imposibles. Viajar de un continente a otro en sólo unas horas, comunicarnos instantáneamente mediante voz o imágenes con alguien al otro lado del mundo, colocar robots en la superficie de otro planeta para que lo recorran y nos informen de sus hallazgos... Y, claro, por molesta que resulte, la tecnología también nos permite tener seguridad en espacios amenazados por la delincuencia, como calles, casas y aeropuertos.

Se dice que otra forma en que la ciencia nos quita libertad es al proporcionar explicaciones de fenómenos que hasta hace poco eran misteriosos. Enigmas como el funcionamiento del cosmos, primero, y luego de la evolución, la herencia y próximamente quizá de la conciencia —clave de lo que nos hace humanos— han sido o están siendo resueltos por la ciencia.

Este mayor conocimiento limita y reduce el campo de lo posible. La ciencia nos va revelando que cosas que antes creíamos factibles son en realidad imposibles. Hoy sabemos que no pueden existir pegasos ni unicornios; que los hechizos no curan ni atraen al ser amado; que los eclipses no causan malformaciones congénitas, y que la telepatía o los fantasmas son sólo fantasías útiles para películas de terror o novelas de ciencia ficción.

En cierta forma, al separar lo posible de lo imposible la ciencia pareciera quitarnos libertad. Hoy nuestra imaginación es menos libre de volar por donde quiera.

Pero a cambio, esta pérdida de libertad nos acerca más a la realidad. Como el niño que aprende que no puede ser hechicero, pero quizá sí astronauta, la ciencia nos ayuda a engañarnos menos. Gracias a ella, somos menos crédulos. Y por ello, a pesar de todo, más libres.